

PRÓLOGO:

HELENA RODRÍGUEZ O EL VERSO QUE ADELGAZA Y SE DESPOJA

*He aquí mis más frágiles hojas, que son,
sin embargo, las más duraderas*

(Walt Whitman)

Como los brotes de los árboles, los versos de Helena Rodríguez quieren más, quieren siempre más. Buscan su gran recorrido, sortean meandros, escenifican recovecos y llegan a su final. Pero luego viene la labor de poda, de jardinería, porque la autora recorta y desnuda hilachos, tiene cuidado con las palabras privilegiadas, y retoma esa puntuación ausente o en muletas que en su nacimiento ha resultado necesaria.

Lo cual no quiere decir que desconfíe de circunloquios o de normas, y tampoco que no se detenga repetidas veces: respeta ese ritmo enhebrado que es tan suyo, y esa whitmaniana forma de cantar al descubrimiento. Por eso hablo de versos que se alargan en su laberinto, que adquieren vuelo de descripción, narración, circunstancia visual o diálogo en voces, de versos de extensos cruces que evitan desencuentros, y que no olvidan, no obstante, lo elemental: Helena es de elementales, como comprobarán los que lean la magnífica poesía encerrada en *Nunca-de-sus- ojos y otras semillas*.

Rigurosa en sus elecciones (tan rigurosa como en la amistad, la mano silente preparada para dar), contiene lo inevitable pero deja bullir las enseñanzas aprendidas, los caminos surcados en esa larga metáfora del campo donde ella se siente más cómoda —aviso de que estos versos de Helena pertenecen más al terruño que a lo urbano: sin que ella (tal vez) reconozca cuánto, están íntimamente intrincados en su infancia, de donde la acabó de despojar ese ángel primero que anunció el desastre, pero también infancia que acompaña a los programas diarios, el piso y la comida allí en Getafe, el trabajo y la cordura, el orden y los caos precedentes.

De modo que hasta en *Mesa ilegal en Entrevías* (ese poema tan preciso por sus forjados llamamientos) encontramos un poso de sabor campestre, con ese clarísimo recordatorio de que nuestro origen es el mendrugo (y cómo se puede paladear esa palabra, “mendrugo”, a través del verbo sonoro de su autora). Y de ahí su vocación de jardinería, o esos partos dolientes entre piedras y rastros, o esas subidas en un aire que aunque turbio parece fresco (la ventaja de seguir aprendiendo, del espíritu dispuesto). Una

subida en adelgazamiento que Helena recordará haber escuchado también (casi furtivamente) en una clase de Carlos Bousoño, ese deseo de hacerse espiga o fuente brotante, afilada y en escala, hacia arriba, siempre hacia arriba, aun sabiendo todos los pesos en forma de hojas (los sauces) que la arrastran (como a todos) hacia sombras. Aún recuerdo, por cierto, el escalofrío sentido escuchándola recitar *nunca-de-sus-ojos*, poema magistral donde los haya, con esa creación del ángel-cuervo, anunciador pero terrible.

Sea como sea, en ese adelgazamiento la poeta es inflexible, con sus muchas negaciones encabezando los versos, con una voz que alcanza a veces acento profético, que establece muy claras sus demarcadas preferencias, un concepto que quiere ser preciso de lo deseable, de una moral descubierta, aunque, ¡ajo!, difuminada en esas contradicciones con las que uno no puede dejar de toparse. Y en sus versos predominan anáforas, segundas personas a las que apela con algo de implacabilidad... (llamamientos a un “quien” en su constancia), y el tiempo casi siempre presente o en un inquietante infinitivo, el *aquí* y el *ahora* de lo que se mira con los ojos abiertos, algo sorprendidos, con pocos remansillos que envuelvan o mitiguen. No son ojos lechosos, no, sino que la realidad está entretejida de helechos, y Helena la des-vela imprevisora, y consigue encerrar el fogonazo, ese brote de cámara que capta el instante perenne, la luz circunstancial. Los que la conocemos intuimos hasta qué punto le azuza el poder de una palabra sola, pues no necesita más para dejarse ensartar en espejos nocturnos, o fabricar recuerdos que nos llegan de lejos pero que se vuelven familiares. Como una sacerdotisa del aire, se ejercita entonces en rebajar lo sublime a las suelas diarias, y cómo se agradece, entre nosotros, esa desnudez tan única.

El otro día le deseaba aquello de que la inspiración la pille siempre trabajando. Porque aquí están los frutos de esa labor. Y tan sabrosos.

Rebeca Sanmartín Bastida. Universidad Complutense de Madrid